

Anuario de Investigaciones 2006, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, Agosto de 2008, pp. 158-169. ISSN 1668-7663

COMUNICACIÓN Y CULTURA POLÍTICA EN EL GRAN LA PLATA¹

JOSÉ EDUARDO JORGE²

El interés por la noción de “cultura política” resurgió en el ámbito latinoamericano a partir de los años 80, en coincidencia con los fenómenos de transición democrática en numerosos países del subcontinente y luego de casi dos décadas desde que Gabriel Almond y Sidney Verba inauguraran con su concepto de “cultura cívica” (1) una de las primeras y más difundidas corrientes de investigación.

El concepto de “cultura política” viene jugando así un papel creciente, generalmente en interacción con factores económicos y de organización institucional, para explicar el funcionamiento del sistema político de las sociedades y, en particular, la estabilidad y calidad de la democracia. A los medios masivos de comunicación, especialmente a través del rol central de la televisión y de la globalización de los circuitos de información y de consumo cultural, se les reconoce un papel relevante en la conformación de la cultura política.

Los usos de la noción, sin embargo, no son uniformes. Existe un conjunto heterogéneo de enfoques teóricos y metodológicos para definir y abordar el fenómeno (2). El presente proyecto se apoya fundamentalmente, sin dejar de considerar otras contribuciones puntuales, en dos vertientes teóricas y de investigación, cuyos

¹ Proyecto PID-P001, desarrollado en el marco del Programa de Investigación y Desarrollo (PID) de la Universidad Nacional de La Plata.

² Director del Proyecto PID-P001 “Comunicación y Cultura Política en el Gran La Plata”.

representantes más importantes son Ronald Inglehart y Robert D. Putnam.

En este marco, la cultura política es concebida como el conjunto de creencias, valores, normas, actitudes y pautas de conducta de individuos y grupos hacia los objetos políticos. Estas variables pueden ser definidas, operacionalizadas y medidas a través de las metodologías y técnicas habituales de investigación social.

El proyecto de investigación “Comunicación y Cultura Política en el Gran La Plata”, realizado en el marco del programa PID-UNLP, tiene como objetivo principal indagar, mediante la realización de una encuesta por muestreo, el grado de interés por la política y el nivel de apoyo y satisfacción con la democracia en la población de La Plata, Berisso y Ensenada, así como sus posibles relaciones con los hábitos predominantes de información y comunicación política.

El estudio incluye un análisis preliminar del contexto nacional, utilizando especialmente las bases de datos sobre Argentina de la Encuesta Mundial de Valores, que es la etapa del proyecto actualmente en curso. La comparación entre los resultados obtenidos a nivel nacional y local permitirá explorar las particularidades de la cultura política regional. El proyecto se enfoca asimismo en los principales nexos causales entre las variables de cultura política y comunicacionales más importantes.

EL ESTUDIO DE LA CULTURA POLÍTICA

Un corpus sin precedente de evidencia empírica sobre la cultura política de un gran número de sociedades es la Encuesta Mundial de Valores (WVS o World Values Survey), un estudio conducido por una red internacional de científicos sociales coordinada por Ronald Inglehart. Se han realizado hasta el momento cuatro ondas de la WVS: 1981-84, que

se extendió a 22 sociedades; 1990-91 (43 sociedades), 1995-98 (55) y 1999-2001 (65). La Argentina fue relevada en las cuatro ondas. En total se han recopilado datos de más de 80 sociedades, en una muestra representativa del 85% de la población mundial (3).

Algunos tópicos incluidos en la WVS -cuyos cuestionarios han experimentado algunas variaciones en las sucesivas ondas, igual que la definición y operacionalización de ciertas variables- son, entre otros: importancia de la política en la vida del entrevistado frente a otras de sus actividades; pertenencia activa e inactiva a diversos tipos de organizaciones civiles y políticas; frecuencia con que se discute de política con otras personas; participación en formas no convencionales de activismo político (petitorios, manifestaciones, etc.); frecuencia con la que se siguen las noticias en la televisión, la radio o los periódicos; valor otorgado a la tolerancia y el respeto por otras personas; confianza en distintos tipos de instituciones, incluyendo los medios de comunicación y las instituciones políticas; confianza en la gente en general; apoyo brindado a la democracia frente a otros regímenes políticos; posición política del entrevistado en diversas escalas (4).

Este corpus ha dado origen a una multiplicidad de trabajos de investigación en todo el mundo, en especial de carácter comparativo entre las diversas sociedades, si bien hasta ahora se le ha prestado una atención limitada en el ámbito latinoamericano.

Una de las principales conclusiones, señaladas entre otros por Inglehart, es que la cultura política juega en la democracia un papel mucho más crucial que el asignado por la literatura de las pasadas dos décadas. Un conjunto definido de actitudes, basadas en la confianza, la tolerancia, el bienestar subjetivo y valores participativos, parece particularmente importante para la emergencia y mantenimiento de las instituciones democráticas (5).

Los relevamientos efectuados desde principios de los años 80 muestran que, en un gran número de sociedades, los sistemas de creencias de los individuos están experimentando cambios que tienen importantes consecuencias políticas, culturales y económicas. Desde el punto de vista teórico, el estudio no asume ningún tipo de determinismo, por ejemplo económico, institucional o cultural. La evidencia sugiere que las relaciones entre los valores, la economía y la política son recíprocas, y que la naturaleza exacta de los vínculos en cada caso particular es una cuestión empírica, antes que algo establecido a priori.

Aun así, luego de correlacionar los datos de la WVS con los indicadores económicos e institucionales de los diferentes países en distintos momentos del tiempo, Inglehart termina formulando un modelo multivariado consistente con la hipótesis de que el desarrollo económico aumenta la probabilidad de que una sociedad adopte la democracia política o profundice la democracia existente. A fines de los 80, por ejemplo, de los 42 países con un ingreso per cápita inferior a 500 dólares, sólo uno, la India, era una democracia; en cambio, entre los 26 países con una renta de más de 6.000 dólares, había 20 democracias (6).

Los datos sugieren, sin embargo, que la relación entre desarrollo económico y democracia no es directa ni automática. La influencia de la economía sobre la política operaría por intermedio de los cambios que la primera induce sobre un conjunto preciso de variables culturales y de la estructura social. El crecimiento económico y, en particular, una distribución más equitativa del ingreso, producen la emergencia paulatina de ciertas orientaciones culturales favorables al surgimiento, la supervivencia o la profundización de la democracia.

Si bien estas orientaciones parecen consistir en un conjunto relativamente amplio de actitudes, el análisis estadístico de Inglehart pone fundamentalmente en evidencia la influencia determinante de dos

variables en especial: la “confianza interpersonal”, medida por el porcentaje de la población que dice confiar “en la mayoría de las personas”; y el “bienestar subjetivo”, un índice que combina respuestas a preguntas sobre satisfacción con la vida y felicidad personal.

La transición democrática, es decir, el paso de un régimen de gobierno autoritario a otro democrático (7), puede verse precipitada por distintas causas: la decisión de una elite política, una guerra perdida -como fue el caso de Malvinas-, la muerte de un dictador, el contexto internacional y otros procesos. Pero es la supervivencia de la democracia así instaurada la que dependería de la existencia de orientaciones culturales específicas en la población y la elite de la sociedad. La confianza y el bienestar subjetivo serían, pues, particularmente importantes para la “estabilidad” de la democracia, o, utilizando una noción de uso extendido en las ciencias políticas, para su “consolidación”.

La confianza aumenta la capacidad de cooperación entre los miembros de la sociedad; a nivel de la elite, influye en la conducta de los actores políticos, si pueden confiar en que los opositores, se hallen en el gobierno o fuera de él, actuarán lealmente. Se ha sostenido, además, que la confianza interpersonal está relacionada con la confianza en las instituciones. Analizando los datos de 41 países, Inglehart encuentra una fuerte correlación entre el porcentaje de la población que dice confiar en la mayoría de las personas y el número de años en que las instituciones democráticas han funcionado sin interrupciones entre 1920 y 1995; en casi todas las democracias más estables, la proporción de la población que confía en los demás no es inferior al 35% (8).

El bienestar subjetivo, esto es, la satisfacción general con la propia vida, parece tener más importancia para la sustentabilidad de la democracia que el indicador más específico de satisfacción con el funcionamiento del sistema de gobierno. Este último depende en gran medida del

desempeño de las autoridades de turno. Por ejemplo, en América Latina, el porcentaje de la población que se manifiesta satisfecho con el “funcionamiento de la democracia” ha oscilado, en los últimos 10 años, entre un mínimo de 25% y un máximo de 41%; en cambio, la proporción de quienes consideran que la democracia es “preferible a cualquier otra forma de gobierno” -un indicador de “apoyo a la democracia”- lo ha hecho entre un mínimo de 48% y un máximo de 62% (9). Este fenómeno ha dado origen al concepto de “demócratas insatisfechos”.

Según Inglehart, si las personas consideran que su vida es fundamentalmente buena bajo un régimen institucional, surge un “apoyo difuso” al sistema, que tiende a estabilizarlo más allá de la aprobación o no del desempeño del gobierno. A la inversa, bajos niveles de bienestar subjetivo pueden desestabilizar el sistema vigente, sea éste autoritario o democrático. Esto es consistente con el hecho de que, en todas las sociedades, la política tiene una importancia relativamente marginal en la vida de la gente, cuando se la compara con la familia, los amigos, la religión y otras esferas.

Dentro de este mismo esquema teórico, el desarrollo económico produce, junto al aumento de la confianza y el bienestar subjetivo, cambios en la estructura social igualmente favorables a la democratización. Los principales son la expansión de la educación superior y la transformación de la estructura ocupacional, especialmente por el peso creciente del sector servicios. Los niveles elevados de instrucción y la experiencia laboral en la producción de bienes simbólicos generan, según Inglehart, una población mejor preparada para la organización, la comunicación y la toma de decisiones. Este proceso de “movilización cognitiva”, al que contribuye el desarrollo de los medios masivos de comunicación, aumenta las capacidades para el pensamiento y la acción política autónoma de la

población general y, por lo tanto, las presiones en dirección a la democratización.

Como muestra la historia del último siglo, la industrialización -con el conjunto de cambios sociales concomitantes que suelen reunirse bajo el concepto de “modernización”- se ha visto acompañada tanto por sistemas democráticos como autoritarios. De acuerdo con Inglehart, es cuando una sociedad entra en la etapa post industrial -o, en palabras del autor, de “post modernización”-, caracterizada entre otras cosas por el predominio de los servicios, que los cambios culturales y sociales hacen de la democratización un proceso altamente probable y, acaso, inevitable.

Una encuesta que aborda tópicos similares a los de la WVS, vinculados con la cultura política en América Latina, es el Estudio Latinobarómetro, una investigación homóloga del Eurobarómetro y sus equivalentes en Asia, África y la “nueva Europa”. Producido por la Corporación Latinobarómetro con sede en Santiago de Chile, el estudio comenzó en 1995 con encuestas en 8 países. El número de sociedades relevadas fue aumentando con las sucesivas ondas; en 2006 participaron 18 países (10). Por la naturaleza de los temas relevados -apoyo y satisfacción con la democracia, confianza en las instituciones e interpersonal, fuentes de información preferidas, atención brindada a las noticias políticas, cultura cívica, etc.-, además de contar con datos sobre Argentina en todas las ondas y con una serie temporal que permite un seguimiento durante una década, este estudio representa también una fuente valiosa de información.

LA TEORÍA DEL CAPITAL SOCIAL

La otra vertiente teórica en que se apoya esta investigación está constituida por el conjunto de estudios que destacan el rol crucial de la “sociedad civil” para “hacer funcionar la democracia”, parafraseando el

título del trabajo liminar de Robert D. Putnam (11), uno de los exponentes más importantes de esta línea de investigación. Otros conceptos asociados con esta corriente -que algunos llaman “neotocquevilliana”, por su estrecha relación con algunas de las ideas de Alexis de Tocqueville- son los de “cultura cívica” -cuya primera formulación corresponde, como se indicó, a Almond y Verba- y de “capital social”, esta última una noción planteada inicialmente por James Coleman y Pierre Bourdieu y cuyo uso, luego de una ulterior elaboración por parte de Putnam, se generalizara a partir de los años 90.

Luego de investigar durante veinte años los efectos de la creación de los gobiernos regionales en Italia a partir de 1970, Putnam encontró que el desempeño de los gobiernos del Norte y el Centro era superior a los del Sur debido a las distintas “comunidades cívicas” en las que estaban insertos. En esta formulación, el “capital social” se refiere a los “stocks” de asociaciones cívicas, confianza social y normas de cooperación, que determinan en gran medida la capacidad de los miembros de una comunidad para coordinar acciones en la solución de los problemas colectivos. La escasez de capital social en el Sur de la península explicaba el mal funcionamiento de sus instituciones democráticas y aun su rezago económico en comparación con el Norte.

El estudio de Putnam plantea un contrapunto con las hipótesis del neo institucionalismo. ¿El cambio en las instituciones formales -en este caso, la instauración de gobiernos regionales entre los gobiernos central y local- produce o no una transformación de las prácticas políticas y de los modos de gestión de gobierno? ¿O la efectividad de una institución gubernamental depende esencialmente de su entorno social, económico y cultural?

La nueva estructura institucional descentralizada contribuyó, tanto en el Norte como en el Sur de Italia, a desarrollar "un nuevo modo de hacer

política" entre los dirigentes políticos, que pasaron del conflicto ideológico a la cooperación, del extremismo a la moderación, del dogmatismo a la tolerancia, de la doctrina abstracta al gerenciamiento práctico. Pero los efectos no fueron igualmente positivos sobre el desempeño de los gobiernos regionales: en este aspecto, las históricas disparidades existentes entre las regiones de la península, en lugar de mitigarse, se exacerbaban.

Putnam parte de la idea de que una institución democrática tiene alto desempeño si es sensible a las demandas de los ciudadanos y efectiva utilizando los recursos limitados con que cuenta para satisfacer esas demandas. Para evaluar el desempeño de los gobiernos regionales construyó un Índice de Desempeño Institucional haciendo uso de doce indicadores: por ejemplo, la estabilidad de los gabinetes, la puntualidad en la presentación del presupuesto, la innovación legislativa, los consultorios familiares por cada mil habitantes creados por cada gobierno con fondos provistos por las autoridades centrales, la capacidad de respuesta de la administración a los requerimientos de particulares y otros.

El desempeño superior de los gobiernos del Norte y el Centro respecto a los del Sur se extendía a la mayoría de los indicadores, perduraba en el tiempo y además era reconocido, independientemente de la medida objetiva proporcionada por el índice, por los mismos ciudadanos y dirigentes de la comunidad.

Para explicar estas diferencias, Putnam plantea inicialmente dos hipótesis alternativas, según las cuales la causa de los distintos desempeños podía residir en: 1) el desigual desarrollo socioeconómico; 2) el "capital social", es decir, los modelos desiguales de participación y asociacionismo cívico.

La democracia está fuertemente correlacionada en todas partes con la modernización socioeconómica y es sabido que la economía del Norte de Italia es mucho más avanzada que la del Sur. Un problema de esta interpretación era que no explicaba las diferencias de desempeño gubernamental entre las regiones desarrolladas. Por ejemplo, Lombardía, el Piamonte y Liguria eran más ricas que Emilia-Romaña y Umbría, que contaban con gobiernos mucho más exitosos. Por otro lado, los fondos para las nuevas instituciones eran provistos por el gobierno central, con un criterio redistributivo que favorecía a las regiones más pobres. La evidencia favorecía a la segunda hipótesis: el desigual desempeño de los gobiernos se explicaba por las diferencias de “capital social” entre las regiones.

Putnam recuerda que, ya en la Florencia del siglo XVI, Maquiavelo y sus contemporáneos habían llegado a la conclusión de que el éxito de las instituciones libres dependía de la “virtud cívica” de los ciudadanos. Esta escuela “republicana” fue luego eclipsada por Hobbes, Locke y otros, que pusieron el acento no en la “comunidad”, sino en el individualismo y los derechos individuales. En años recientes, sin embargo, la filosofía política reabrió el debate entre el individualismo liberal clásico y la tradición comunitaria.

El objetivo de Putnam era encontrar evidencia empírica para iluminar un debate que hasta ese momento se desarrollaba en un terreno filosófico. Entre las características de lo que llama la “comunidad cívica” -un ideal al que se aproxima una sociedad con abundancia de “capital social”-, se destacan las siguientes:

-El compromiso cívico, que se traduce en la participación de la gente en los asuntos públicos. La “virtud cívica” no implica necesariamente “altruismo”, sino la noción tocquevilliana de “interés propio bien entendido”, que implica pensar en los beneficios a largo plazo para el individuo o grupo que surgen de cooperar con los demás. La ausencia

de "virtud cívica" está ejemplificada por el fenómeno del extremo individualismo o del "familismo" (12), que se traduce en la incapacidad de los miembros de una comunidad para actuar juntos detrás de un objetivo común, que vaya más allá del "interés" personal o el de la propia familia.

-La igualdad política, que entraña los mismos derechos y obligaciones para todos. Esto significa relaciones horizontales de reciprocidad y cooperación, no las verticales de autoridad y dependencia como las que se establecen entre "patrones" y "clientes". Los dirigentes políticos son - y se conciben a sí mismos- como responsables ante los ciudadanos.

-Confianza y tolerancia entre los ciudadanos, que son respetuosos y confían entre sí, aun cuando puedan disentir en cuestiones sustanciales. La confianza permite superar lo que los economistas llaman "oportunismo", por el cual los intereses compartidos no pueden concretarse porque cada individuo, actuando en total soledad, tiene incentivos para desertar de la acción colectiva.

-Asociaciones civiles, formales o informales, no necesariamente "políticas" en un sentido restringido, que contribuyen a la efectividad y estabilidad del gobierno democrático por sus efectos "internos" sobre los participantes y "externos" sobre el sistema político. Desde el punto de vista externo, permiten a los ciudadanos explicitar sus intereses y demandas y protegerse del poder. Internamente, funcionan como "escuelas de democracia", pues desarrollan los hábitos de cooperación y las habilidades prácticas que los ciudadanos necesitan para participar de la vida pública, desde organizar reuniones hasta redactar documentos. Los participantes también aprenden "virtudes cívicas", como la confianza, las normas de cooperación y el interés por la cosa pública.

Para determinar si entre las regiones italianas existían diferencias de capital social que explicaran las disparidades en el desempeño de los gobiernos regionales, Putnam construyó un Índice de Comunidad Cívica reuniendo cuatro indicadores:

1) El número de asociaciones por habitante: deportivas (la gran mayoría), de recreación, científicas, culturales, técnicas, económicas, de salud, de servicio social, etc.

2) La lectura de periódicos, que refleja el interés de las personas por los asuntos públicos.

3) La participación en referéndums, que no estaban distorsionados por el fenómeno del clientelismo en las regiones del Sur.

4) El voto de preferencia por un candidato particular, opción "voluntaria" que en los hechos era resultado de prácticas clientelísticas y que se utilizó, por lo tanto, como indicador de ausencia de comunidad cívica. En una comunidad cívica, no sólo importa la "participación" política, sino además la "calidad" de esa participación.

Al aplicar el Índice a las 20 regiones estudiadas, Putnam halló que arrojaba una muy elevada correlación ($r=0.92$) con el Índice de Desempeño Institucional. La región más cívica resultó Emilia-Romaña; la menos cívica, Calabria.

En las regiones más cívicas los ciudadanos participaban en numerosas asociaciones, leían más periódicos, confiaban más entre sí y respetaban la ley. Los dirigentes políticos eran relativamente honestos, creían en ideas de igualdad política (como "participación" en asuntos públicos) y, si bien no faltaba el conflicto o la controversia, estaban dispuestos a resolver sus diferencias.

En las regiones menos cívicas la vida pública estaba organizada de modo jerárquico, los asuntos públicos eran cosa de "los políticos", la participación estaba impulsada por la dependencia o el interés

particular y la corrupción era la norma. Los dirigentes políticos se mostraban escépticos con la idea de "participación" de la gente. Los habitantes "se sienten impotentes, explotados e infelices", afirma Putnam.

Una de las hipótesis más audaces de la investigación reside en la explicación de estas diferencias de capital social entre las regiones: tales discrepancias tendrían causas históricas que pueden remontarse hasta el siglo X, y que se habrían prolongado hasta el presente a través de mecanismos autorreforzadores, "coyunturas críticas", secuencias específicas de acontecimientos y otros procesos descritos por los estudiosos de la "path dependence" (13). Dependiendo del orden temporal en que tienen lugar los sucesos y de la contingencia histórica, las sociedades podrían verse arrastradas a trayectorias divergentes y difícilmente reversibles. Hace un milenio, la instauración de un reino autocrático en el Sur de Italia, que se prolongó luego en un régimen de latifundios y explotación de los campesinos, por oposición a la creación de las repúblicas comunales en el Norte, dotadas de una rica vida asociativa, una participación popular inédita para el mundo feudal y una economía basada en el comercio y las finanzas, habría sido la causa más remota de las muy distintas "comunidades cívicas" observadas en el presente. Este patrón de continuidad histórica resulta tanto más convincente en cuanto Putnam muestra que la performance de los gobiernos regionales creados en los años 70, medida a través del índice de desempeño institucional, guarda una estrecha relación con la distribución geográfica de los gobiernos comunales en el siglo XIV.

Mientras Inglehart se inclina por explicar el cambio político a través de los efectos que producen en la esfera institucional los cambios culturales y de la estructura social inducidos por el desarrollo económico -si bien este último requeriría, a su vez, orientaciones culturales compatibles, como las señaladas por Weber en "La ética protestante"-, Putnam sugiere que son los stocks de capital social el

factor causal más importante, tanto del desarrollo económico como del desarrollo político.

En cuanto al concepto de “capital social”, no pertenece exclusivamente ni a la cultura ni a la estructura social, sino a ambas dimensiones a la vez: la confianza, por ejemplo, es una variable cultural; las asociaciones, estructural. Las relaciones entre confianza, redes asociativas y normas de cooperación son de influencia recíproca. Así, por ejemplo, cuanto mayor es el nivel de confianza dentro de una comunidad, mayor es la probabilidad de asociación y cooperación; a su turno, esta mayor cooperación refuerza aún más la confianza (14).

EL PAPEL DE LOS MEDIOS

Aunque hay consenso en que los medios de comunicación intervienen con una variedad de efectos sobre la cultura política y, de modo más general, sobre el funcionamiento del sistema institucional, existe controversia acerca de la naturaleza exacta de ese influjo.

En el estudio de Putnam en Italia, la lectura de periódicos resultó uno de los indicadores más fuertes de la existencia de una “comunidad cívica” (como sugiriera Tocqueville hace casi dos siglos). En un trabajo posterior (15), Putnam presentó evidencia empírica de que el asociacionismo cívico -y, con él, la calidad de la democracia- se ha venido deteriorando en Estados Unidos desde los años 60, e indicó como una causa fundamental de ese declive la penetración creciente de la televisión. Esta última, al privatizar el tiempo de ocio y entretenimiento, tendría el efecto de aislar a los individuos y alejarlos de la esfera pública. Al mismo tiempo, encontró que mientras la lectura de periódicos y la exposición a programas televisivos de noticias seguían siendo potentes indicadores de compromiso cívico, ambos se hallaban claramente en disminución.

La hipótesis de Putnam sobre los efectos de la televisión puede encuadrarse dentro del conjunto de teorías denominadas de “malestar mediático” (“media malaise”), opuestas en la interpretación de la influencia de los medios a las teorías de la “movilización cognitiva” (16). Según los distintos enfoques de “media malaise”, los medios -sea por su forma, su contenido o ambos- tienen un efecto negativo sobre el funcionamiento de la democracia moderna, pues inducen apatía política, cinismo, desconfianza hacia las instituciones o erosión del capital social. Se señala, por ejemplo, que la cobertura política de los medios es fragmentaria y superficial, con un predominio de “malas noticias”, agresión política y ataque a las instituciones.

En su versión más fuerte, las teorías del malestar se concentran -como lo hace Putnam- en la televisión (“video malaise”), no en los medios impresos. Según este argumento, no es simplemente el contenido, sino su misma forma, la que hace incapaz a la televisión de informar y educar apropiadamente al público sobre las cuestiones políticas.

Por el contrario, las teorías de la “movilización” -entre ellas, la de Inglehart- sostienen que la combinación de niveles más elevados de educación y de acceso a crecientes volúmenes de información debido a la expansión de los medios han contribuido a movilizar a los ciudadanos, es decir, a aumentar su capacidad de informarse, pensar y actuar políticamente.

Los estudios empíricos realizados hasta el momento no arrojan resultados concluyentes, si bien tienden a dar más apoyo a la hipótesis de la movilización. Es posible, sin embargo, que la influencia de los medios dependa de las características específicas de los sistemas políticos y de medios de cada sociedad y, por lo tanto, que varíe entre los distintos países. Además, es particularmente difícil testear los efectos de la televisión, debido justamente a su omnipresencia (17).

Fuera de los medios, en la teoría del capital social una función esencial es cumplida por las redes de comunicación organizacionales, grupales e interpersonales. La confianza entre las personas emerge con las interacciones repetidas entre los individuos, que aumentan el conocimiento mutuo. Las redes asociativas propagan la información sobre la reputación de los miembros y sancionan las conductas oportunistas. Aunque no con el mismo grado de relevancia, también tienen un papel significativo los contactos sociales informales, como las conversaciones con amigos, los encuentros en espacios de recreación y, en general, la mayor parte de las actividades que aumenten la “conectividad” entre los individuos de la sociedad.

Una conclusión es que sin organizaciones, grupos y ámbitos que hagan posible la comunicación cara-a-cara y horizontal entre los ciudadanos, tendríamos, en el mejor de los casos, una democracia “electrónica” y plebiscitaria (18).

La investigación sobre los efectos de los medios masivos de comunicación ha demostrado que los mensajes difundidos son generalmente reinterpretados por los individuos en discusiones con familiares, amigos y conocidos, o con los llamados “líderes de opinión”. Puede suponerse, en consecuencia, que cuanto más débiles sean las redes asociativas, grupales y de contacto social, mayor será la capacidad de los medios para producir efectos unilineales.

CULTURA POLÍTICA Y DEMOCRACIA EN ARGENTINA

Dentro del marco teórico expuesto aquí en sus líneas más generales, la investigación “Comunicación y Cultura Política en el Gran La Plata” se enfoca en un subconjunto de variables asociadas al interés por la política, el apoyo y satisfacción con la democracia y los hábitos

predominantes de información y comunicación política en la región constituida por La Plata, Berisso y Ensenada.

Entre las razones para la elección de estos objetivos del estudio se encuentran el declive en el interés por la política de gran parte de la ciudadanía de nuestro país, la pérdida de confianza en las instituciones políticas y la baja satisfacción con su funcionamiento, fenómenos que se intensificaron luego de la crisis de 2001-2002.

Según cálculos propios en base a los datos de la WVS (19), a la pregunta “¿Cuán interesado está usted en la política?”, el 43% de los argentinos encuestados en 1984 respondió “Mucho” o “Algo”. Este porcentaje se redujo a 30% en 1991, a 26% en 1995 y a 18% en 1999. A la inversa, la proporción de argentinos que “Nunca” discutía de política con los amigos era de sólo 21% en 1984, pero creció a 36% en 1995 y a 49% en 1999.

Luego de un resurgimiento del interés y la participación como corolario inmediato de la crisis de diciembre de 2001, la sociedad argentina parece haber vuelto a la tendencia previa, marcada por una creciente apatía política. Además, la crisis produjo una fuerte pérdida de confianza en las instituciones políticas. Por ejemplo, sólo un 4% de los argentinos consultados en la encuesta Latinobarómetro 2002 dijo confiar “algo” o “mucho” en los partidos, frente a un promedio de 14% para América Latina. Además, el 90% afirmó tener “poca” o “ninguna” confianza en el Congreso Nacional y el Poder Judicial. (20).

Existen indicios de un ascenso del asociacionismo cívico en nuestro país durante los últimos años. Por ejemplo, la proporción de argentinos de 18 y más años que declaró haber realizado al menos alguna actividad voluntaria en los últimos 12 meses subió de 20% en 1997 a 26% en 2000 y a 32% en 2001 (21). Sin embargo, los indicadores de

asociacionismo de la Argentina en las sucesivas ondas de la WVS son bajos en el contexto internacional.

En la onda 1990-91 de la WVS, la Argentina mostró la menor cifra de asociacionismo de las 43 sociedades relevadas (22). Según cálculos propios en base a los datos de la onda 1999 de la WVS en nuestro país, en la que se preguntó a los entrevistados por su “pertenencia” y “trabajo voluntario” en 15 tipos de organización -por ejemplo, religiosas, partidos, sindicatos, deportivas, etc.-, el promedio de organizaciones a las que pertenece cada persona es de 0,62, frente a un promedio total de 0,91 para los 61 países con datos sobre esta variable. Al mismo tiempo, cada argentino realiza en promedio trabajo voluntario en 0,35 organizaciones, frente a un total de 0,55 para el conjunto de países. Un ciudadano sueco o estadounidense, por ejemplo, pertenece en promedio a más de 3 organizaciones y hace voluntariado en más de una.

La satisfacción con la democracia cayó en nuestro país luego de la crisis de 2001-2002. En el estudio Latinobarómetro, el porcentaje de argentinos que se declaró “Muy satisfecho” o “Más bien satisfecho” con “el funcionamiento de la democracia” había subido de 34% en 1996 a 46% en 2000, pero bajó a 20% en 2001, se desplomó a 8% en 2002 y volvió al 34% entre 2003 y 2005, el mismo nivel de casi una década atrás. En 2006 saltó al 50%, cifra equivalente a la de 1998.

El apoyo a la democracia, sin embargo, ha experimentado oscilaciones mucho menos pronunciadas y se mantiene en altos niveles, igual que en la mayor parte de América Latina. La proporción de argentinos que se manifestó de acuerdo con la frase “La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno”, era de 76% en 1995 y de 74% en 2006; aún en la profunda crisis del año 2002, ascendía al 65%.

En una serie de orientaciones importantes hacia los medios masivos de comunicación, los argentinos siguen las tendencias generales que

predominan en la mayor parte de América Latina. Al ser consultados sobre la fuente en la que más confían para informarse sobre política, el 42% de los argentinos encuestados por Latinobarómetro 2003 menciona la televisión, el 27% la radio y el 8% los diarios. Los porcentajes promedio para América Latina son, respectivamente, 51%, 16% y 8%. Los amigos y parientes tienen, como fuente de información política, mayor credibilidad que los diarios: las proporciones son de 16% en Argentina y 12% en América Latina.

En la onda 1999 de la WVS, el 38% de los argentinos confiaba “Mucho” o “Bastante” en “la prensa” y el 33% en la televisión. El 71% de los encuestados miraba de 1 a 3 horas diarias de TV durante los días de semana; el 23% lo hacía más de 3 horas y un 6% no miraba televisión.

Al analizar la distribución de estas y otras variables relacionadas en los distintos grupos sociodemográficos del Gran La Plata, nuestra investigación constituye un aporte al estudio de las diferencias regionales de cultura política y hábitos de información y comunicación política en el país. El trabajo indaga además las orientaciones de los ciudadanos hacia las instituciones locales y, en particular, hacia la institución municipal. A pesar del aumento de las demandas que la población dirige a los Municipios y del creciente rol político, económico y social de este último, es poca la atención brindada a las peculiaridades de la cultura política y los sistemas de comunicación locales.

Por otro lado, ¿produce apatía política una exposición elevada a la TV? La pertenencia a organizaciones o el trabajo voluntario, ¿influyen en el interés por la política, la confianza en los demás o la confianza en las instituciones? Utilizando técnicas de análisis estadístico, la investigación examina estos y otros posibles nexos causales dentro del ámbito de la comunicación y la cultura políticas.

NOTAS

(1) Ver ALMOND, G., and VERBA, S. *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*. Sage, Newbury Parke, 1989 (Orig.: 1963).

(2) Ver LÓPEZ DE LA ROCHE, F. “Aproximaciones al Concepto de Cultura Política”, en Revista Convergencia, mayo-agosto, año 7 número 22. Universidad Autónoma del Estado de México, México, 2000, pp. 93-123.

(3) Ver <http://www.worldvaluessurvey.org>. El tamaño promedio de las muestras nacionales es de 1.000 casos.

(4) La WVS incluye además un gran número de variables actitudinales vinculadas con el desarrollo económico.

(5) Ver especialmente INGLEHART, R. *Modernization and Postmodernization. Cultural, Economic, and Political Change in Forty-Three Societies*. Princeton University Press, Princeton, 1997. También INGLEHART, R. “Trust, well-being and democracy”, en Mark E. Warren (ed.), *Democracy and Trust*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999, pp. 88-120; e INGLEHART, R. “Culture and Democracy”, en Lawrence Harrison and Samuel P. Huntington: *Culture Matters: How Values Shape Human Progress*. Basic, New York, 2000, pp. 80-97.

(6) INGLEHART, R. *Modernization and Postmodernization*, op. Cit., pp. 160-161.

(7) Propositiones empíricas de este tipo se basan, naturalmente, en una noción determinada de “democracia”. La mayoría de los estudios parten de un criterio minimalista y procedimental: en una sociedad hay democracia si sus principales autoridades surgen de elecciones libres,

limpias y competitivas. La existencia o no de democracia, decidida de esta forma, es una cuestión distinta a la de su “estabilidad” -por ejemplo, el número de años en que las instituciones democráticas han funcionado en forma ininterrumpida- y de su “grado” o “profundidad”, es decir, si se trata de una democracia meramente “electoral”, “plena”, “avanzada” o “aumentada”, etc. Respecto al “grado” de democracia, hay estudios internacionales que realizan una evaluación anual de países utilizando escalas basadas en un conjunto de criterios precisos y explícitos; el más utilizado es el ránking de la Freedom House. Aunque pueda haber discusión sobre casos puntuales, esta operacionalización del concepto de democracia resulta consistente para extraer conclusiones sobre la generalidad de los países. Para una revisión de las definiciones de democracia aplicadas al contexto latinoamericano, ver O'DONNELL, G. *“Democratic Theory and Comparative Politics,”* Studies in Comparative International Development Vol. 36, No. 1, Spring 2001. Para una clasificación de las democracias según su grado o profundidad, ver SHEDLER, A. *“Concepts of Democratic Consolidation,”* Meeting of the Latin American Studies Association (LASA), Continental Plaza Hotel, Guadalajara, Mexico, 17-19 April 1997.

(8) Ver JORGE, J.E. *“La confianza interpersonal en Argentina,”* en Revista Question N° 12, FPyCS - UNLP, Primavera 2006. En el norte de Europa están las naciones con la proporción más alta de población que dice confiar “en la mayoría de las personas”. De acuerdo con la onda 1999-2000 del Estudio Europeo de Valores (EVS), este porcentaje es algo superior a 66% en Dinamarca y Suecia, casi 60% en los Países Bajos y 58% en Finlandia. En una posición intermedia se ubican España (39%), Alemania (35%) e Italia (33%). En Estados Unidos la confianza interpersonal era de 58% a comienzos de los años sesenta, pero fue descendiendo hasta llegar a 36% al promediar los noventa. De acuerdo con la encuesta Latinobarómetro, en América Latina, donde la confianza es particularmente baja, el indicador pasó de 20% en 1996 a

22% en 2006. China es un caso especial: la confianza se halla en torno al 60%.

(9) CORPORACIÓN LATINOBARÓMETRO. *Informe Latinobarómetro 2006*, Santiago de Chile, 9 de diciembre de 2006.

(10) Ver <http://www.latinobarometro.org>

(11) PUTNAM, R. *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton University Press, Princeton, 1993.

(12) Ver el concepto de “familismo amoral” en BANFIELD, E. *The Moral Basis of a Backward Society*. The Free Press, New York, 1958.

(13) Sobre el concepto de “path dependence”, ver: PIERSON, P. “Increasing Returns, Path Dependence, and the Study of Politics”, *American Political Science Review*, Vol. 94, N° 2, June 2000, pp. 251-267; PIERSON, P. “Not Just What, but When: Timing and Sequence in Political Processes”, *Studies in American Political Development*, 14, Spring 2000, pp. 72-92; MAHONEY, J. “Path-Dependent Explanations of Regime Change: Central America in Comparative Perspective”, *Studies in Comparative International Development*, Vol. 36, N° 1, Spring 2001, pp. 111-141.

(14) PUTNAM, R. “*Making Democracy Work*”, op. Cit., especialmente capítulos 5 y 6.

(15) PUTNAM, R. *Bowling Alone. The Collapse and Revival of American Community*. Simon & Schuster, New York, 2000. También PUTNAM, R: “Bowling Alone: America's Declining Social Capital”. *Journal of Democracy*, Vol. 6, N° 1, Jan. 1995, pp. 65-78.

(16) Ver NEWTON, K. “*Mass Media Effects: Mobilization or Media Malaise?*”, *British Journal of Political Science*, 29, 1999, pp. 577-599.

(17) Un estudio interesante, que supera en parte esta dificultad, es OLKEN, B. “*Do Television and Radio Destroy Social Capital? Evidence for Indonesian Villages*”, Harvard University, DfID-World Bank, 2006. Un trabajo que hace una revisión de las teorías de “media malaise” y niega la responsabilidad de los medios en los problemas de la democracia moderna es NORRIS, P. A *Virtuous Circle: Political Communications in Post Industrial Societies*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000.

(18) PUTNAM, R. *Bowling Alone. The Collapse and Revival of American Community*, op. Cit.

(19) En el presente proyecto utilizamos para el procesamiento de los datos la base integrada de 268.000 casos de las cuatro ondas de la WVS: THE EUROPEAN VALUES STUDY FOUNDATION AND WORLD VALUES SURVEY ASSOCIATION. “*European and World Values Surveys Four-Wave Integrated Data File, 1981-2004*”, v.20060423, 2006.

(20) Estos y otros datos del estudio Latinobarómetro que se presentan en este artículo corresponden a los Informes difundidos por la Corporación Latinobarómetro entre 1995 y 2006.

(21) Gallup Argentina. Perfil de los Trabajadores Voluntarios. Buenos Aires, 2002.

(22) El porcentaje promedio de pertenencia para los 16 tipos de organizaciones voluntarias incluidas en el cuestionario de esa onda fue de apenas el 2% de los entrevistados en nuestro país. El máximo, correspondiente a los Países Bajos, fue del 16%. Ver INGLEHART, R. “*Modernization and Postmodernization*”, op. Cit., p. 189. Para otra comparación entre las membresías de la Argentina y del resto de los

países en la onda 1990-1991 de la WVS, ver SIDES, J. *"It Takes Two: The Reciprocal Relationship Between Social Capital and Democracy"*, Institute of Governmental Studies Working Papers, UC Berkeley, 1999. En este estudio se observa que mientras cada encuestado de los Países Bajos pertenecía en promedio a 2,7 tipos de organizaciones, en la Argentina el número era de sólo 0,36.

BIBLIOGRAFÍA

ALMOND, G., AND VERBA, S: *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*. Sage, Newbury Parke, 1989 (Orig.: 1963).

ANHEIER, H. *The Third Sector. Comparative Perspectives and Policy Reflections*. Conference on Solidarity, Berlin, December 2003.

BANFIELD, E. *The Moral Basis of a Backward Society*. The Free Press, New York, 1958.

BARRO, R. *Determinants of Democracy*. *Journal of Political Economy*, Vol 107, N° 5, 1999.

COLLIER, P. *Social Capital and Poverty*. The World Bank: Social Capital Initiative, Working Paper N° 4, November 1998.

DEFILIPPIS, J. *"The Myth of Social Capital in Community Development"*, Housing Policy Debate, Vol. 12 , N° 4, 2001.

DELHEY, J. AND NEWTON, K. *Social Trust: Global Pattern or Nordic Exceptionalism?* Social Science Research Center Berlin, Berlin, 2004.

DELHEY, J. AND NEWTON, K. *Who Trusts? The Origins of Social Trust in Seven Nations*. Social Science Research Center Berlin, Berlin, 2002.

FUKUYAMA, F. *Confianza. Las virtudes sociales y la capacidad de generar prosperidad*. Atlántida, Buenos Aires, 1996 (Orig.: Trust. The Social Virtues and the Creation of Prosperity. Free Press, New York, 1995).

FUKUYAMA, F. *La gran ruptura. La naturaleza humana y la reconstrucción del orden social*. Buenos Aires, Atlántida, 1999 (Orig.: The Great Disruption: Human Nature and the Reconstitution of Social Order. Free Press, 1999).

GROOTAERT, C. *Social Capital. The Missing Link?* The World Bank: Social Capital Initiative, Working Paper N° 3, April 1998.

GUNTHER, R. MONTERO, J. AND WERT, J. *The Media and Politics in Spain. From Dictatorship to Democracy*. Working Paper N° 176, Institut de Ciències Polítiques i Socials, Barcelona, 1999.

HARRISON, L. AND HUNTINGTON, S. (eds.). *Culture Matters. How Values Shape Human Progress*. Basic Books, New York, 2000 (Trad.: La Cultura es lo que Importa. Planeta, 2001).

HENRY, G. AND GORDON, S. "Tracking Issue Attention. Specifying the Dynamics of the Public Agenda", Public Opinion Quarterly, Vol. 65, N° 2, 2001, pp. 157-177.

HOWARD, M. "The Weakness of Postcommunist Civil Society", Journal of Democracy, Vol. 13, N° 1, Jan. 2002, pp. 157-169.

INGLEHART, R. *Modernization and Postmodernization. Cultural, Economic, and Political Change in Forty-Three Societies*. Princeton University Press, Princeton, 1997.

INGLEHART, R. *"Trust, well-being and democracy"*, en Mark E. Warren (ed.), *Democracy and Trust*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999, pp. 88-120.

INGLEHART, R. *"Globalization and Postmodern Values"*, *The Washington Quarterly*, 23:1, 2000.

INGLEHART, R. *"Culture and Democracy"*, en Lawrence Harrison and Samuel P. Huntington: *Culture Matters: How Values Shape Human Progress*. Basic, New York, 2000, pp. 80-97.

INGLEHART, R. *"Political Culture and Democratic Institutions: Russia in Global Perspective"*, American Political Science Association, Washington, 2000.

INGLEHART, R., WELZEL, C. AND KLINGEMANN, H. *"Human Development as a Theory of Social Change: A Cross-Cultural Perspective"*, 2001. Disponible en <http://wvs.isr.umich.edu/> (consultado 2/10/05).

INGLEHART, R. AND CATTERBERG, G. *"Trends in Political Action: The Developmental Trend and the Post-Honeymoon Decline"*, 2002. Disponible en <http://www.worldvaluessurvey.org> (consultado 23/9/05).

KNACK, S. *Social Capital and the Quality of Government: Evidence from the US States*. The World Bank: Policy Research Working Papers, December 2000.

KRISHNA, A. AND SHRADER, E. *Social Capital Assessment Tool, Conference on Social Capital and Poverty Reduction*, The World Bank, Washington, June 22-24, 1999.

LAGOS, M. *World Opinion. Global Trends in Culture and Trade*. International Journal of Public Opinion Research, Vol. 15, Nº 3, pp. 335-351.

LITTLE, A., AND MARTIN, J. *Conflict and Community: Radical Democracy and Associationalism*. ECPR Joint Sessions, University of Turin, March 22-27, 2002.

MORENO, A. AND MÉNDEZ, P. *Attitudes Toward Democracy: Mexico in Comparative Perspective*. En <http://www.worldvaluessurvey.com> (consultado el 21/10/2004).

NEWTON, K. "Social Trust: Individual and Cross-National Approaches", Portuguese Journal of Social Sciences, Vol 3, Nº 1, 2004, pp. 15-35.

NEWTON, K. *Social Trust and Political Disaffection: Social Capital and Democracy*. EURESCO Conference on Social Capital: Interdisciplinary Perspectives, Exeter, 15-20 September 2001.

NEWTON, K. "Mass Media Effects: Mobilization or Media Malaise?", British Journal of Political Science, 29, 1999, pp. 577-599.

NORRIS, P. *A Virtuous Circle: Political Communications in Post Industrial Societies*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000.

OLKEN, B. "Do Televisión and Radio Destroy Social Capital? Evidence for Indonesian Villages", Harvard University, DfID-World Bank, 2006.

NORRIS, P., AND INGLEHART, R. "Religious Organizations and Social Capital", The International Journal of Not-For-Profit Law, Vol. 6, Iss. 4, September 2004.

PAGE, B., AND SHAPIRO, R. *The Rational Public. Fifty Years of Trends in Americans' Policy Preferences*. The University of Chicago Press, Chicago, 1992.

PUTNAM, R. *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton University Press, Princeton, 1993.

PUTNAM, R. "Bowling Alone: America's Declining Social Capital". *Journal of Democracy*, Vol. 6, N° 1, Jan. 1995, pp. 65-78.

PUTNAM, R. *Bowling Alone. The Collapse and Revival of American Community*. Simon & Schuster, New York, 2000.

ROUTLEDGE, B., AND VON AMSBERG, J. *Social Capital and Growth*. Carnegie-Rochester Conference Series on Public Policy, March 2002.

SHAW, G., AND REINHART, S. "Devolution and Confidence in Government", *Public Opinion Quarterly*, Vol. 65, N° 3, 2001, pp. 369-388.

SIDES, J. *It Takes Two: The Reciprocal Relationship Between Social Capital and Democracy*. Institute of Governmental Studies Working Papers, UC Berkeley, 1999.

SIRIANNI, C. AND FRIEDLAND, L. *Civic Innovation in America. Community Empowerment, Public Policy, and the Movement for Civic Renewal*. University of California Press, 2001.

SKOCPOL, T., AND FIORINA, M. (eds.). *Civic Engagement in American Democracy*. The Brookings Institution / Russell Sage Foundation, Washington, 1999.

THE ECONOMIST. *"The Latinobarómetro Poll. Democracy's low-level equilibrium"*. Aug 12th 2004.

THE ECONOMIST. *"The Latinobarómetro Poll. The stubborn survival of frustrated democrats"*, Oct 30th 2003.

USLANER, E. *The Moral Foundations of Trust*. Cambridge University Press, Cambridge, 1999.

USLANER, E. *"Democracy and Social Capital"*, en Warren, op. Cit., 1999, págs. 121-150.

VAN SCHAIK, T. *Social Capital in the European Values Study Surveys*. OECD-ONS International Conference on Social Capital Measurement, London, 2002.

VÁZQUEZ GARCÍA, R. *Creating Social Capital and Civic Virtue: Historical Legacy and Individualistic Values. What Civil Society in Spain?*. European Consortium for Political Research, Uppsala, 2004.

WLEIZIEN, C., AND CARMAN, C. *"Ideological Placements and Political Judgements of Government Institutions"*, Public Opinion Quarterly, Vol. 65, N° 4, 2001, pp. 550-561.

WOOLCOCK, M., AND NARAYAN, D. *"Social Capital: Implications for Development Theory, Research and Policy"*. The World Bank Research Observer, Vol. 15, N° 2, August 2000, pp. 225-249.